

# NARRACIONES TERRORIFICAS



KAN PAO  
P'OU SONG LING  
HOFFMANN  
POE  
IRVING  
MAREYAT  
BECQUER  
LE FANU  
TOLSTOI  
MAUPASSANT  
OLIPHANT  
ECA DE QUEIROZ  
CHEJOV  
NESSIT  
O'HENRY  
HUNT  
YAKUMO KOISUMI  
"SAKI"  
VALLE-INCLÁN  
RAY  
DUEÑAS

PRIMERA SELECCIÓN

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

## PRÓLOGO

*La narración fantástica es una modalidad de creación literaria que procede de tiempos remotísimos, y que se ha producido en todas las literaturas. Así, se publican en la presente obra curiosas muestras de cuentos terroríficos escritos por autores chinos en los siglos III y XVII. En la notable obra de Roger Callois, «60 Récits de Terreur»<sup>[1]</sup>, de donde se han traducido dichos cuentos, se recogen, además, historias de Finlandia, Haití, Vietnam, Japón... Cronológicamente, cuando más se escribe sobre lo maravilloso y lo fantástico, es hacia finales del siglo XVIII, precisamente llamado el Siglo de las Luces. Parece como si, de esta forma, quisiera contradecirse la autosuficiencia de la razón humana que, al no reconocer la existencia de las fuerzas sobrenaturales divinas, debe, sin embargo, acudir a lo extrahumano para su obra de creación literaria. En el siglo pasado, perfilada ya la narración de misterio, la cultivan, de forma ocasional, o casi exclusiva, autores como Hoffmann, Poe, Balzac, Irving, Mérimée, Gogol, Tolstoi, Maupassant, Gautier, Bécquer, Le Fanu, Dickens, Alarcón...*

*Tengamos en cuenta que, sea de entonces, sea de ahora, el escritor del cuento fantástico, no pretende demostrar o acreditar la existencia de fenómenos sobrenaturales. Él mismo no cree en ellos, aunque los utilice para jugar con el miedo. Queremos hacer hincapié en este punto, pues podría caer el libro en manos de un lector demasiado impresionable, que acabara creyendo en la existencia de fantasmas. Los fenómenos extrahumanos de las narraciones de terror son pura ficción creada por el autor, que de esta for-*

ma logra dar fuerza sugestiva al argumento de la obra. Y, por cierto que no lo hace buscando un recurso fácil; su mérito está, precisamente, en mantener el interés mediante el desarrollo de sucesos irreales.

En ocasiones, acerca de algunas figuras fantasmales, se ha forjado una leyenda tan arraigada, que sus circunstancias y características coinciden exactamente en todos los autores. Así sucede con estos famosos personajes llamados vampiros. En la obra de Omella Volta y Valerio Riba, «I vampiri tra tra noi»<sup>[2]</sup>, se reproduce una curiosa carta del Papa Benedicto XIV (1740-58), dirigida al eminentísimo Arzobispo de Lemberg, encargándole que desarraigue la superstición de los llamados en Polonia *upiri*. A este propósito, escribe el Papa, para mejor precisar sobre la falta de fundamento del vampirismo, que es posible la conservación incorrupta de los cadáveres, fenómeno éste, que, por otra parte, el mismo Benedicto XIV, en su «De canonizatione sanctorum», había aclarado ya que no constituía milagro. Así es de antigua esta tradición, que, por lo demás, desde hace muchos años nadie se toma ya en serio.

Para escribir sobre lo fantástico sin caer en lo risible, se requiere una gran imaginación y una gran clase. La imaginación la han encontrado algunos autores en la embriaguez tóxica; así Hoffmann, Poe, Baudelaire... También las mujeres, con su especial sensibilidad, han escrito sobre fantasmas, más, en proporción, que sobre otros temas; así, Francis Marion Crawford, Evelyn Nesbit, Violet Hunt, Emilia Pardo Bazán... Y es que se siente una indudable atracción por lo que se teme, aunque se trate de un temor sin fundamento. Roger Callois, en el prólogo de su citada obra, recuerda una frase casi olvidada de Mme. du Deffant, quien a la pregunta de si creía en los fantasmas contestó: «No, pero me dan miedo».

En la presente antología, a pesar de su nombre, se ha procurado no incluir narraciones que en su deseo de impresionar al lector resultan ya de mal tono por su escabrosi-

dad. También se ha evitado el abuso de las historias de vampiros, quizá las más espeluznantes, y sobre las que han escrito (el citado libro «I vampiri tra noi» es un ejemplo) muchos autores importantes.

Se han seleccionado escritores de todas las épocas, pero especialmente del siglo pasado y contemporáneos. Entre estos últimos queremos destacar, como se ha hecho ya en la selección, incluyendo mayor número de narraciones, a «Saki» y a Jean Ray. El hacer de ellos especial mención, no significa que los consideremos por encima de los demás incluidos; pero son de destacar porque, siendo importantes, han pasado prácticamente desconocidos por el público de habla española.

«Saki», seudónimo de Héctor Munro, nació en Birmania en 1870, siendo su padre oficial inglés destacado en la India. Pronto quedó huérfano de madre y tuvo una infancia poco feliz. Estos años de su niñez debieron influir en su personalidad de escritor maduro, cuyo tema preferido son las historias de niños, a veces resabiadas de amargura, pero siempre presididas por un finísimo sentido del humor.

Jean Ray, nieto de una india dakotah, es un escritor flamenco que ha escrito en este idioma y también en francés. Marino de profesión, sus viajes por el mundo fueron buena fuente de temas y ambientes para sus historias. De su portentosa imaginación y su tremenda fuerza expresiva son buen exponentes las narraciones suyas que se incluyen en esta obra.

J. A. LL.

## HISTORIA DE TS'IN KIU-PO<sup>[\*]</sup>

KAN PAO (265-316)

**T**S'IN KIU-PO, natural de Lang-ya<sup>[3]</sup>, tenía sesenta años.

Una noche, al volver de la taberna, pasaba delante del templo de P'on-chan, cuando vio a sus dos nietos salir a su encuentro. Le ayudaron a andar durante un centenar de pasos, luego le asieron por el cuello y lo derribaron.

—¡Viejo esclavo —gritaron al unísono—; el otro día nos vapuleaste, hoy te vamos a matar!

El anciano recordó que, en efecto, días atrás había maltratado a sus nietos. Se fingió muerto y sus nietos lo abandonaron en la calle. Cuando llegó a su casa quiso castigar a los muchachos, pero éstos, con la frente inclinada hasta el suelo, le imploraron:

—Somos tus nietos, ¿cómo íbamos a cometer semejante tropelía? Han debido ser los demonios. Te suplicamos que hagas una prueba.

El abuelo se dejó convencer por sus súplicas.

Unos días después, fingiendo estar borracho, fue a los alrededores del templo y de nuevo vio venir a sus nietos, que le ayudaron a andar. El los agarró, fuertemente, los inmovilizó y se llevó a su casa aquellos dos demonios en figura humana; les aherrojó el pecho y la espalda y los encadenó al patio, pero desaparecieron durante la noche y él lamentó vivamente no haberlos matado.

Pasó un mes. El viejo volvió a fingir estar borracho y salió a la aventura, después de haber escondido un puñal en el pecho, sin que su familia lo supiera. Era ya muy avanzada la noche y aún no había vuelto a su casa. Sus nietos temieron que los demonios le estuviesen atormentando y salieron a buscarlo. Él los vio venir y apuñaló a uno y otro.

## EL FANTASMA MORDIDO<sup>[\*]</sup>

P'OU SONG-LING (1640-1715)

**H**E aquí la historia que me contó Chen Lin-cheng: Un viejo amigo suyo estaba echado a la hora de la siesta, un día de verano, cuando vio, medio dormido, la vaga figura de una mujer que, eludiendo la portera, se introducía en la casa, vestida de luto; cofia blanca, túnica y falda de cáñamo. Se dirigió a las habitaciones interiores y el viejo, al principio, creyó que era una vecina que iba a hacerles una visita; después reflexionó: «¿Cómo se atrevería a entrar en casa del prójimo con semejante indumentaria?»

Mientras permanecía sumergido en la perplejidad, la mujer volvió sobre sus pasos y penetró en la habitación. El viejo la examinó atentamente: la mujer tendría unos treinta años; el matiz amarillento de su piel, su rostro hinchado y su mirada sombría le daban un aspecto terrible. Iba y venía por la habitación, sin intención ninguna, al parecer, de abandonarla; incluso se acercaba a la cama. Él fingía dormir para mejor observar cuanto hacía. De pronto, ella se levantó un poco la falda y saltó a la cama, sentándose en el vientre del viejo; parecía pesar tres mil libras. El viejo conservaba por completo la lucidez, pero cuando quiso levantar la mano se encontró con que la tenía como encadenada; cuando quiso mover un pie, lo tenía paralizado. Sobrecogido de terror, trató de gritar, pero, desgraciadamente, no era dueño de su voz. La mujer, mientras tanto, le olfateaba la cara, las mejillas, la nariz, las cejas, la frente. En toda la cara sintió su aliento, cuyo soplo helado le penetraba hasta los huesos. Imaginó una estratagema para librarse de aquella angustia: cuando ella llegara al mentón, él trataría de morderla. Poco después ella, en efecto, se inclinó para olerle la barbilla y el viejo la mordió con todas sus fuerzas, tanto que los dientes penetraron en la carne.

Bajo la impresión del dolor la mujer se tiró al suelo, debatiéndose y lamentándose, mientras él apretaba las mandíbulas cada vez con más energía. La sangre resbalaba por su barbilla e inundaba la almohada. En medio de esta lucha encarnizada el viejo oyó, en el patio, la voz de su mujer.

—¡Un fantasma! —gritó en el acto.

Pero apenas abrió la boca, el monstruo se desvaneció, como un suspiro.

La mujer acudió a la cabecera de su marido; no vio nada y se burló de la ilusión, causada, pretendió ella, por una pesadilla. Pero el viejo insistió en su narración y, como prueba evidente, le enseñó la mancha de sangre: parecía agua que hubiera penetrado por una fisura del techo y empapado la almohada y la estera. El viejo acercó la cara a la mancha y respiró una emanación pútrida; se sintió presa de un violento acceso de vómitos y, durante muchos días, tuvo la boca apestada, con un hálito nauseabundo.

# COPPELIUS<sup>[\*]</sup>

E. T. A. HOFFMANN

## I

## NATANIEL A LOTARIO

**S**UPONGO que estaréis muy inquietos porque he pasado mucho tiempo sin escribiros. Mi madre disgustada, Clara imaginándose que estoy viviendo en un torbellino de placeres, y que he olvidado enteramente su dulce imagen tan profundamente grabada en mi corazón y en mi alma. Pero no es así; cada día, a cada hora del día, pienso en todos vosotros, y la encantadora figura de Clara aparece sin cesar en mis sueños; sus ojos transparentes me dirigen dulces miradas y su boca me sonrío como en otro tiempo, cuando iba a veros. ¡Ay! ¿Cómo hubiera podido escribiros en la violenta disposición de espíritu en que me encontraba y que turbaba mi mente? ¡Algo espantoso ha penetrado en mi vida! Los sombríos presentimientos de un porvenir cruel y amenazador se extienden sobre mi cabeza, como negras nubes que los rayos del sol no pudiesen atravesar. ¿Es necesario que explique lo que me ocurrió? Sí, lo comprendo; pero con solo pensar en ello me parece oír a mi alrededor risas burlonas. ¡Ah, mi querido Lotario! ¿Cómo hacerte comprender, aunque sólo sea en parte, hasta qué punto ha turbado mi vida lo que me ocurrió hace pocos días? Si estuvieses aquí, conmigo, podrías verlo con tus propios ojos; en cambio, ahora estoy seguro de que me considerarás un visionario. En pocas palabras, la horrible visión que he tenido y cuya influencia mortal intento en vano evitar, consiste simplemente en que, hace pocos días, exactamente el

treinta de octubre a mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi habitación y me ofreció sus instrumentos. No le compré nada y lo amenacé con arrojarlo por la escalera, de lo que se libró alejándose rápidamente.

Sospecharás que algunas extrañas circunstancias que han influido notablemente en mi vida prestan a este pequeño incidente una importancia que no tiene. Así es, en efecto. Estoy reuniendo todas mis fuerzas para explicarte con calma y paciencia algunas aventuras de mi niñez que te aclararán todo esto. En el momento de empezar, me parece verte reír y oigo a Clara diciendo: «¡Qué niñerías!». ¡Reíd, os lo ruego, reíos de mí desde el fondo de vuestro corazón! ¡Os lo suplico! Pero ¡Dios mío!... Mis cabellos se erizan y me parece que os conjuro a burlaros de mí en el delirio de la desesperación, como Franz Moor conjuraba a Daniel<sup>[4]</sup>. Pero, volvamos a nuestro tema. Excepto en las horas de las comidas mis hermanos y yo veíamos muy poco a nuestro padre. Su profesión le ocupaba mucho tiempo. Después de la cena, que se servía a las siete, siguiendo la antigua costumbre, nos reuníamos todos en el gabinete de trabajo de mi padre y nos sentábamos alrededor de una mesa redonda. Mi padre fumaba y bebía lentamente un gran vaso de cerveza. A menudo nos explicaba historias maravillosas y se excitaba tanto con su narración, que dejaba apagar su larga pipa; yo estaba encargado de volver a encenderla, y me gustaba mucho hacerlo. Muchas veces nos dejaba libros ilustrados y permanecía silencioso e inmóvil en su sillón, soltando nubes de humo que nos envolvían a todos en una espesa niebla. Durante aquellas veladas mi madre permanecía muy triste, y apenas oía tocar las nueve, exclamaba: «Vamos, pequeños, a la cama. El Hombre de la Arena va a llegar. Me parece que ya le oigo». Y, en efecto, se oían unos pasos en la escalera; debía ser el Hombre de la Arena. En cierta ocasión, aquel ruido me asustó más que de ordinario y dije a mi madre, mientras nos llevaba a la cama: «Mamá, ¿quién es ese Hombre de la

Arena tan malo, que viene todos los días? ¿Cómo es? «El Hombre de la Arena», no existe me respondió mi madre. «Cuando digo que viene, sólo significa que tenéis sueño, que los párpados se os cierran involuntariamente como si os hubieran arrojado arena a los ojos».

La respuesta de mi madre no me satisfizo en absoluto, y, en mi imaginación infantil, creía adivinar que negaba la existencia del Hombre de la Arena solamente para tranquilizarnos. Pero yo le oía todos los días subir la escalera. Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme la existencia de aquel hombre, pregunté, finalmente, a la vieja criada que cuidaba de mi hermanita pequeña, quién era aquel personaje. «Vamos, mi pequeño Nataniel», me respondió, «¿pero tú no lo sabes? Es un hombre malo que todas las noches va a visitar a los niños que no quieren acostarse y les arroja un puñado de arena a los ojos para hacerles llorar sangre. Después los mete en un saco y los lleva a la luna para divertir a sus hijitos, los cuales tienen el pico muy torcido, como los búhos, y les pican en los ojos hasta matarlos». Desde entonces, la imagen del Hombre de la Arena se grabó para siempre en mi espíritu, y por la noche, cuando los peldaños crujían bajo sus pasos, me echaba a temblar de angustia y de terror y mi madre no conseguía arrancarme más que estas palabras ahogadas en llanto: ¡El Hombre de la Arena! ¡El Hombre de la Arena! Me encerraba corriendo en una habitación, y aquella terrible aparición me atormentaba toda la noche. Cuando ya fui bastante mayor para comprender que la historia de la vieja criada no era cierta, el Hombre de la Arena seguía siendo para mí, a pesar de todo, un espectro amenazador. Casi perdía el dominio de mí mismo cuando le oía subir hacia el gabinete de mi padre. Algunas veces su ausencia se prolongaba; otras, sus visitas menudeaban; y así pasaron dos años. No conseguía acostumbrarme a aquella extraña aparición y la sombría figura de aquel hombre desconocido no palidecía en mi mente. Sus relaciones con mi padre me preocupaban cada

día más y el deseo de verlo aumentaba en mí con los años. El Hombre de la Arena me había abierto las puertas de lo maravilloso por las que el espíritu de los niños penetra tan fácilmente. Nada me gustaba tanto como las horribles historias de genios, demonios y brujas; pero de todas aquellas aventuras, de todas las apariciones horribles y maravillosas, la que dominaba en mí era siempre la imagen del Hombre de la Arena, cuya figura dibujaba sobre las mesas, los armarios, las paredes, y siempre bajo las formas más repulsivas. Cuando alcancé la edad de diez años, mi madre destinó una habitación para mí solo. Aquella habitación estaba próxima al gabinete de mi padre. Cada vez que, en el momento en que el reloj daba las nueve, se oían los pasos del desconocido, nos obligaban a retirarnos. Desde mi cuarto, le oía entrar en el gabinete de mi padre y poco después me parecía como si un vapor oloroso y extraño se esparciera por toda la casa. La curiosidad me empujaba cada vez más a conocer al Hombre de la Arena. Una vez abrí la puerta y me deslicé por el pasillo, pero no pude oír nada, porque el forastero había cerrado la puerta. Por fin, arrastrado por un deseo irresistible, decidí ocultarme en el gabinete de mi padre para esperar.

Por el mal humor de mi padre y la tristeza de mi madre, comprendí, una noche, que esperaban al Hombre de la Arena. Simulé un cansancio extremado, y, abandonando la habitación antes de las nueve, fui a ocultarme en un pequeño nicho practicado detrás de la puerta. La puerta giró sobre sus goznes y sonaron unos pasos lentos y amenazadores que se dirigían desde el vestíbulo a la escalera. Mi madre y mis hermanos se levantaron y pasaron por delante de mí. Abrí suavemente, muy suavemente, la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, en silencio y de espaldas a la entrada. No se dio cuenta de mi presencia y me deslicé ligeramente por detrás de él para ocultarme bajo la cortina que tapaba un armario donde se guardaban sus vestidos. Los pasos iban acercándose, el